



**LEYENDAS PATRIÓTICAS:
SEGUNDA PARTE DE LAS LEYENDAS
DE LA CONQUISTA**
(Parte 1)

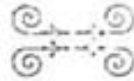
Tosta García, F.



Obra suministrada por la Universidad de los Andes (Colombia)

F. TOSTA GARCÍA

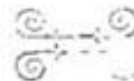
LEYENDAS PATRIÓTICAS



SEGUNDA PARTE

DE LAS

LEYENDAS DE LA CONQUISTA



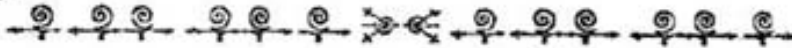
CARACAS

TIPOGRAFÍA AL VAPOR - SIGLO XX -

1898

014402

CA
987le
ca



LA PATRIA BOBA

I

Las transformaciones humanas no se verifican con la rapidez prodigiosa del Ente sobrenatural que todo lo resolvía con la fórmula del *fiat lux*

Los cambios políticos, sociales y religiosos, no se efectúan bruscamente sino por etapas.

Nuestros antepasados crecieron humildes y sumisos y muy lentamente vinieron á tornarse en altivos y autónomos.

Los venezolanos que tuvieron la desgracia de ver caer con sus cadenas el siglo pasado, al par que asistir al nacimiento de este abuelo encadenado que ya camina dando traspiés; la empolladura célebre que contempló las alboradas de este machucho siglo XIX con sus laureles en almácigo y de donde surgieron los hombres de la guerra de la Independencia, fue en sus comienzos

clase: 987le ca

una manada de mansos corderos que temblaban ante las vías de hecho y el derramamiento de la sangre de los prógimos. Después, ahondando los días y las peripecias fue que, convertidos en leones, su aliento que antes era suave ambiente, tomó proporciones de huracán y derribó gobiernos tiránicos, ejércitos engreídos é instituciones seculares.

Por eso tenemos dos diez y nueves de Abril, uno tonto y otro glorioso. El de Panaquire y el de Caracas.

El 19 de Abril de 1749 sesenta y un años antes del glorioso) después de algunos inofensivos tiros de escopetas cazadoras, y trabucos naranjeros, alza en Barlovento á las márgenes del caudaloso Tuy, don Juan Francisco de León, el primer estandarte de la protesta contra el poder español, tomando por pretexto la expulsión de la Compañía Guipuzcoana.

Aquella muesa subversiva fué el exordio de la gran eopeya Sur americana.

Fué, por así decir, el *Sandwich* ó aperitivo cómico de la tragedia continental que se preparaba.

Aquel notable y malogrado patriota, después de haber ocupado á Caracas por dos ocasiones con numerosas montoneras á medio armar, es engañado vilmente, una y otra vez, por los gobernadores y el Cabildo y para evitar derramamiento de sangre, dispersa sus huestes contentándose con un sainete urbano por toda satisfacción, con aquel bando ridículo en que un criado de don Juan Vicente Bolívar, padre del futuro Libertador, hacía de pregonero y preguntaba a gritos en cada esquina :

—¿Por quién ha perdido el capitán don Juan Francisco de León en esta causa y en nombre de la nobleza y el pueblo?

A lo que contestaba en coro la muchedumbre, con entonación de acompañamiento de rosario ó de letanía.

—Por todos los de esta Provincia!

Qué tiempos y que escenas de sabor tan primitivo

Aquel inocente varón, después de mil reveses, que no son para contados en esta breve reseña, pagó muy cara su credulidad. Su cuerpo fue arrojado al fondo del mar cuando lo remitían preso á España en la fragata -Santa Bárbara- y su memoria fue escarnecida arrasando su casa de habitación desde los cimientos y sembrandola de sal. El infame gobernador Ricardos pasó a la historia con ese sanbenito en la frente!

En la misma jornada del segundo 19 de abril palpense las notaciones de la época bobo, hasta en los actos de los mismos contrarios.

¿Hase visto nada más tonto que el bonachón de Emparan?

Al salir de la catedral es cogido como un títere por el brazo y Salias le dice, quitándole el bastón:

—Suelte el pollo, mi amiguito, y volvamos con el Ayuntamiento a la Sala capitular!

El agredido de manera tan brusca y descortez, sumisamente obedece, y sin decir oste ni moste va a donde se ordenan, con su acompañamiento y allí, como un baticca, sale al balcón con Madariaga, á cometer la sandez de preguntar al pueblo si estaba contento con su gobierno; y cuando algunos, estimulados por la mano del asfalto canónico, (que detrás de él estaba) contestaron

no lo queremos, el buco del capitán general, se dá por cachifollado y exclama:

—Pues yo tampoco quiero el mando !

¿ Hase visto birote más de pelotica ?

Aquellos escrúpulos monjiles, aquella timidez evangélica, aquellos pucheros de niña, de nuesfros decanos conspiradores, fueron sin duda la causa de que demorase tanto tiempo la hora bendita de nuestra emancipación.

Es verdad que el cambio no podía verificarse tan bruscamente, porque el enjuto molde del servilismo, aclimatado y heredado, tenía que irse ensanchando al calor de las nuevas ideas.

Tristes fracasos, incomprensibles claudicaciones, inmensas desgracias, grandes sucesos y martirios indescriptibles tenían que realizarse para que brillara el momento psicológico de cambiar la hoga del colono por el manto soberbio de la libertad !

Las transformaciones radicales tienen siempre idéntico proceso en la vida de los pueblos. Hay prologos risibles, escenas luctuosas; acontecimientos pavorosos, para que puedan sobrevenir las sublimidades del éxito ó coronar las magnas empresas. Los invencibles capitanes y sapientísimos legisladores que ilustraron los anales de Atenas y Esparta tuvieron por cuna la rusticidad, y de los ilotas y los parias, surgieron esos grandes hombres que ha inmortalizado Plutarco.

La patria boba tenía que preceder á la patria heroica.

La marcha arzobispal de nuestra primera campaña á Coro, aquella inolvidable caricatura, á quien dedicare-

mos capítulo aparte, tenía que ser el preludio de la atrevida marcha de Bolívar al atravesar Los Andes para libertar la Nueva Granada.

El inexplicable tratado de Miranda tuvo asimismo que servir de exordio á la trascendental capitulación de Ayacucho.

No se llega á las cimas sino dando fraspíes, tropezones y caídas por escarpados y tortuosos senderos.

II

En los días en que el panderó gubernamental quedó en manos de la Junta Central, después del golpe llamado del *jueves santo*, no andaban las cosas en Caracas tan á pedir de boca como querían los patriotas.

El espíritu reaccionario se ajitaba sordamente entre los realistas españoles y más que todo, entre los canarios de la ciudad, que siempre fueron muy recalcitrantes.

A alimentar esa hoguera contribuían mucho las cartas y proclamas que secretamente mandaba desde Cuba el señor Cortabarría, induciendo á los caraqueños para que desconociesen la autoridad de la Junta y proclamasen la Regencia.

De modo que por las calles, después del toque de ánimas, no se veía sino rondas de la guardia de policía municipal y patrullas de ciudadanos armados grotescamente.

Los hermanos Linares, oriundos de la Coruña, tenían un establecimiento muy surtido, de mayor y detal, en la esquina de San Jacinto.

Don Manuel y don Francisco eran muy ricos y conocidos en Caracas.

Realistas hasta la médula de los huesos, eran enemigos acérrimos de la nueva situación y de los *perros demagogos y patriotas*, como se decía entonces.

En una oscura y lluviosa noche del mes de Setiembre del año 1810, entre once y doce, hallábase todavía entre abierto el portón lateral de la casa Linares Hermanos, que daba acceso á un corral rodeado de enramadas, que servía para los burros de los muchos arrieros que venían de los campos con frutos y regresaban cargados de mercancías.

De minuto en minuto, á pesar de la lluvia, acercábanse cautelosamente hombres embozados al referido portón; y después de cambiar breves palabras con dos guardianes armados hasta los dientes que detrás de las hojas ocultábanse, se introducían en el corralón; y de allí, por otra puerta que había en el extremo de una de las enramadas, seguían hacia el interior del establecimiento. Ya pasaban de cien los visitantes nocturnos, por lo cual bien merece la pena saber lo que ocurría en aquel lugar.

Sigamos detrás del último, que va envuelto en un capote escocés. Llega á la puerta, dice la palabra de orden, atravieza el corral y penetra por un pasadizo á un vasto almacén alumbrado por dos lámparas.

Allí, sentados en bancos y en sillas, encontrábanse todos los visitantes, presididos por los hermanos Lina-

res, amos de la casa, quienes por lo visto, hacían de directores de aquella extraña asamblea, logia ó congregación compuesta en su mayor parte de españoles y canarios.

Oigamos un instante aquella misteriosa sesión :

Tenía la palabra don Manuel, como hermano mayor.

—Señores—decía con voz queda y algo temblorosa, acaso por el susto ó la emoción—para esta noche tenemos todo el plán arreglado, la ocasión no puede ser más oportuna. Aquí tengo una carta de don Antonio con la gran noticia.

—¿Cuál es ella? Desembuche pronto paisano—exclaman llenos de gozo los conjurados.

—El decreto de bloqueo á las costas de Venezuela—continuó el orador. Al saberse en España el infame golpe del jueves santo, la Regencia ha cojido el freno con los dientes y viene en nuestro socorro.

Un murmullo de aprobación resonó en la samblea.

El orador continuó :

—Ceballos y Miyares están formidables en Coro y Maracaibo en cuyas fieles ciudades se han cantado Te Deums en celebración de la fausta nueva.

Corresponde pues á nosotros dar buena cuenta de estos cuatro parlachines de la Junta de Caracas, anarquizadores del réjimen administrativo, protectores de la ociosidad, partidarios del comercio libre y enemigos del trabajo, puesto que derogando la ley de vagos y no admitiendo importación de esclavos, no tendremos peones para laborar nuestros campos

—Sí, nos arruinaremos!—gritaron muchas bocas— por lo cual y por el distinguido aspecto de la mayoría de aquellos conspiradores comprendíase que eran gente acomodada y de valimiento en la ciudad.

Un hombre alto, trigueño, de barba gris, que era uno de los pocos criollos que en la reunión había, de nombre Juan Damián Rodríguez y de profesión agricultor, se puso de pié y dijo:

—Señores—no perdamos el tiempo en vanas palabrerías, los momentos son preciosos y es necesario obrar. Los demagogos se mueven activamente en todo el país en el plán de reunir un Congreso ó unas Cortes ridiculas que declaren la completa independendia de este suelo. Eso es lo que debemos evitar y he concurrido aquí esta noche porque me informaron que había un plán serio y bien urdido para amarrar estos cuatro vagabundos y proclamar la Regencia. ¿Qué hay en esto?

—Sí, sí, repitieron muchos—agitándose nerviosamente—¿que hay de plán?

—Ese lo tengo yo—dijo don Francisco Linares—poniéndose de pié y sacando un papel del bolsillo.

—Vamos á ver, expóngalo usted—exclamaron todos—no perdamos tiempo!

—Es muy sencillo y esta noche podemos ejecutarlo—continuó don Francisco—se trata de apoderarnos del cuartel; contamos con los jefes Ruiz y Mirés, con los demás oficiales y sargentos, que están comprados y comprometidos, y con algunas autoridades civiles. Pronunciado el regimiento por la Regencia, prendemos los miembros de la Junta, damos el grito, y santas páscuas!

—Bravo! magnífico! soberbio!—exclamaron los circunstantes batiendo palmas.

—Pero hay un cañito que pasar—agregó sonriéndose don Francisco.

—¿Cuál?

—Que los expresados jefes, para que su honor militar quede bien puesto, exigen un ataque á la guardia de prevención, que se mate el centinela y haya unos tiros, para dorar la píldora del pronunciamiento. Ellos aguardan eso esta noche, y para tan magna empresa hemos pasado la invitación á todos los amigos presentes.

Un silencio sepulcral extendióse por el almacén, se oían las respiraciones y hasta el violincillo de los zancudos.

—¿Qué hacemos!—Preguntó impaciente don Fauchio—que cada cual emita su opinión!

—Yo creía que se trataba de un golpe de Estado sin efusión de sangre—tartamudeó el hombre alto, trigüeño, de barba gris, antes tan bravo.

—No soy partidario de las hecatombes humanas—opinó un pulpero con humos de literato y cuyo principal ramo de especulación era el beneficio de cerdos.

—Eso tiene diez bemoles—exclamó el maestro de capilla de la catedral, que allí estaba también, yo embolso mi violín.

—Lo consultaré con la almóhada—insinuó un propietario—eso de matar un prójimo y andar á tiritos no estaba en el programa . . .

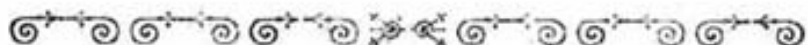
Y así pensaron todos por unanimidad. Ninguno de aquellos justos varones convino en la muerte del centinela ni en el simulacro de asalto por horror á la sangre y á las vías de hecho. El golpe se aplazó para combinarlo de manera más humanitaria, y como era natural, después de tan ridículas debilidades, dos bocas flojas delataron el plán; y sus autores, unos fueron á *chirona* y otros tomaron las de villa Diego

¿Quién iba á suponer que de aquella manada de inofensivos prohombres, andando los días, iban á surgir los Boves, los Zuazolas, los Antoñanzas y los Cerverís?

Quién podría suponer que de la Patria boba iban á salir de un campo, aquellas panteras humanas, y del otro, tantos héroes que fatigaron la fama?

Misterios inescrutables en la vida de los pueblos!





OJO AL CRISTO QUE ES DE PALO

I

Este célebre dicho es de abolengo patriota.

Explicación al canto.

En Coro no aceptaron el *envite* caraqueño del 19 de Abril.

Casi todos los pueblos de Venezuela fueron incorporándose al movimiento al compás del versito que decía: *siguiendo el impulso que Caracas dió.*

Pero los corianos dijeron: *paso y las boto . . .*

Allí no caló la muletilla esa de las innovaciones antimonárquicas y los cuentos de independencia, libertad y democracia.

Eso olía á pecado mortal.

Sobre todo, habiendo reventado el trueno en la ciudad del Avila tenía que rechazarlo la de los médanos, dados los antecedentes de emulación é inquina que reinaban desde antaño entre ambas poblaciones.

Al saber don Fernando Miyares en Maracaibo, que la muy leal y devota ciudad no daba su brazo á torcer, sino que reaccionaba contra los herejes demagogos de Caracas, alzó también golilla sacando á relucir su nombramiento de Capitán General, que le había llegado de Cadiz en reemplazo del gallinazo de Emparan, á quien ponían cual estropajo los partidarios de la Regencia por haberse dejado bailar como un niño, entregando cándidamente los papeles.

Al observar la Junta Suprema ese nubarrón negro que se alzaba en el Occidente, comprendió que era preciso desbaratarlo pronto, é incontinenti, reunida en sesión extraordinaria, acordó declarar la guerra á los renuentes y levantar ejército para someterlos.

Aquí fué Troya! Quién le ponía el cascabel al gato? En dónde se encontraba un general? Cómo no se había disparado un tiro, ignorábase que la tierra era fecunda para esta familia de los generales tan abundosa hoy y de la cual, ni buscado como polito de romero, encontrábase un solo ejemplar.

Como á falta de pan buenas son tortas, los eminentísimos 17 miembros de la Junta cometieron el primer pecado de este género, fabricando uno de la noche á la mañana, por aquello del *salus populi*.

Fué el honorable marqués del Toro el primer general de nuestro escalafón patrio y si todos hubieran alido

iguales á la muestra, no habríamos seguramente sacado las patas del barro colonial.

Ireprochable, bajo todos conceptos, la consueva personalidad del señor marqués, de grandes servicios civiles; de intachable conducta social, de valiosas relaciones, de muy buena pasta, para todo podía servir, ménos para mandar ejércitos y librar batallas. Acaso hubieran dado en el clavo nombrando á su hermano Fernando, ó á José Félix Ribas; pero colocar la espada virgen de la recién nacida, en sus manos immaculadas, fué un error que debía costar muy caro.

II

El día de la salida del ejército expedicionario para nuestra primera campaña, fué de verdadero júbilo.

Caracas estaba de huelga, sus casas encorfinadas y embanderadas, y la calle de San Juan adornada con matas de cambur y arcos de sauce en las esquinas.

Numerosas guerrillas de muchachos armados de triquitraques, habían sido distribuidas en estratégica combinación para ovacionar á los combatientes á su paso.

El llamado ejército salió de sus cuarteles (la Misericordia y la Trinidad,) á la una del día y reconcentrado en la plaza de Catedral, tomó la vía de Occidente en peregrina formación.

El simpático marqués venía adelante con su numerosísimo Estado Mayor, compuesta de la juventud noble y rica, y todos ostentaban caballos y aperos de gran lujo.

Había de todo en aquella híbrida caravana. Artillería, infantería, caballería, dos bandas, una seca y otra de cuerdas con tamborón inclusive, capellán, médico, auditor, edecanes, zapadores, remonta y parque, lo que representaba no un efectivo total, sino una engañifa de tres mil hombres.

En lo que sí podía darse un quince hasta al mismo Pepe Botellas era en el ramo de equipajes. Su Señoría llevaba cocineros, mesoneros, pinches, pajes y caballeros con sus correspondientes utensilios, tienda de campaña, surtida despensa, caballos de marcha, de plaza y de batalla, mulas de silla y de carga, hamaca y catre con colchones de plumas; y tanto el General como los demás jefes y oficiales, todos de la *crème* metropolitana iban provistos para los caminos, de guantes y quitasoles á fin de conservar el blanco color y frescura de la piel. Todos llevaban numerosos trajes de repuesto, mosquiteros, chinchorros y almohadas; en fin, hasta saber que veinte y cuatro arreos de burros que se embargaron no fueron suficientes para cargar tanta impedimenta.

Nada había que chistar en cuanto á indumentaria, aquello daba gusto contemplarlo. Los jefes y oficiales, á la francesa, de tricornio, plumaje, botas charoladas y espadones pantorrilleros con vericú de patente, y los soldados con morrión, chupeta y borceguies de becerro, llevando áuestas inmenso morral repleto de gollerías

culinarias, que como recuerdos cariñosos, habían depositado en la despedida las madres y las esposas.

Nada faltaba á aquel dichoso ejército que más parecía procesión de mojíngangas; de todo iba abastecido aquel doncello primogénito de nuestra Patria boba, que estaba predestinado á tantos chascos y contratiempos y á tan ridículo fin.

Tan largo era el culebrón de hombres, animales, armas y cacharros, que cuando la cabeza llegaba al pueblecillo de Antímano, todavía remolinaban arcos de burros cargados de petacas y baúles en la plaza de Capuchinos.

Doce días muy cubales invirtió el - Grande Ejército - para llegar á Valencia, pues no era posible causar las tropas ni mucho ménos desairar los bailes, comilonas y agasajos, que daban los entusiastas pueblos del tránsito.

En La Victoria y en Guacara, hermosas señoritas ajitaban blancos pañuelos despidiendo á tantos caraqueñitos buenos mozos; y las lágrimas corrían y los pucheros se dibujaban en las lindas bocas, al ver tantas víctimas que iban á sacrificarse por la Patria.

—*Muchos peones van, pocos volcerán*—gruñían tristemente las viejas y rezaban un padre nuestro por el alma de tantos futuros cadáveres

III

Dos meses fojillos hubieron de trascurrir, para que el marqués pudiera llegar á las inmediaciones de la ciudad rebelde con su poderoso y nunca bien ponderado ejército, que con las incorporaciones llegaba ya á cerca de cinco mil hombres.

Por fin, hubo de acampar frente al enemigo, y después que se instaló muy confortablemente en su hermosa tienda de campaña, reunió un Consejo de Guerra para disponer el ataque.

Allí lo encontramos en unión de sus conmitones, con un gran plano á la vista de la ciudad de Coro, marcado estratégicamente con alfileres de cabeza negra.

—Ni uno solo escapará—decía muy ufano el General, mostrando el plano—tengo completamente encerrados los chapetones en la plaza y saldrán por el camino de las palomas!

—Poco á poco, señor marqués—observó el Jefe de Estado Mayor, que era un *montuano* de mucha categoría—dicen las tácticas de todos los países que en los sitios es necesario siempre dejar una salida ó escape para no obligar mucho ó combatir á los de adentro. No recuerdo cuál de los insignes generales de la antigüedad fué quien dijo: al enemigo que huye puente de plata; pero hay que seguir esa máxima.

—Qué pozo de ciencia es este hombre—exclamaron á dúo el capellán y el médico, que tenían puésto en el Consejo. El primero, tomando un polvo de rapé añadió:

—Sí, hay que dejar una salida á esos buenos cristianos á quienes ofusca un falso celo, los pobres tienen en sus banderas á la virgen del Carmen. Todos somos hermanos.

Aceptado—respondió muy serio el General—les dejaremos libre la salida del puerto para que se embarquen—y arrancando tres alfileres del mapa, dijo con aire de conmiseración:

—Sí, sí, dejemos que se vayan por el camino de La Vela.

Todos aprobaron la generosa medida, se repartieron las instrucciones del caso y quedó resuelto que al amanecer se atacaría la plaza terminando la sesión con un opíparo banquete.

IV

La escena anterior ocurrió en la noche del 28 de noviembre y el 29, al toque de diana, ya estaba á caballo el marqués de anteojo en mano, comunicando órdenes á los distintos cuerpos que debían dar el asalto. Escusado es decir, que montaba á Barre Campo, su hermoso alazán de batalla.

Don Pepe, que estaba dentro de la ciudad, como ésta es muy abierta, formó buenas trincheras y por aquello de que á Dios rogando y con el mazo dando, á tiempo que funcionaban las campanas, el órgano, el

incienso, las misas y las rogativas, él acomodaba personalmente en magníficas posiciones sus seiscientos fusileros, sus doscientos hombres de acaballo, sus mil indios de flecha y lanza y sus ocho piezas de artillería.

Por tal motivo la criada le salió respondona al General Toro, el cañón tronó de lo lindo, las balas silbaron, el aire se cubrió de flechas y de humo y el campo de cadáveres.

Ya declinaba el día y los valientes corianos no cedían un palmo de tierra.

Léjos de acordarse de la estratégica salida que les habían dejado libre, pensaban sólo en combatir fieramente con desición y arrojo dignos de mejor causa.

Es fama que cuando los asaltantes empezaron á replegar maltrechos, gritaban algunos chuscos de las trincheras realistas :

—Otro toro, otro toro

Y el marqués en lugar de reirse de la ocurrencia sulfurado mandaba á tocar degüello á su corneta.

Pero era tiempo perdido.

Ceballos en lugar de dejarse degollar, ni mucho ménos pensar en embarcarse por La Vela, como estaba calculado en el mapa de los alfileres, empezó á verificar salidas con muy buenos resultados llevando en una de ellas á Jesús Nazareno en procesión.

El General, á quien el paso se le había puesto atascoso, no las tenía todas consigo, y buscaba un pretexto para levantar el sitio, porque los leales corianos no tiraban con algodón. Así fué que, cuando le dieron parte de aquella novedad, empinándose en los estribos, gritó:

—Es una infamia ponernos á pelzar con el Nazareno. Esa no es valida! Y dirigiéndose á sus edecanes ordenó:

—Corran á los distintos cuerpos y digan:

—*Ojo al Cristo que es de palo*, y que cuidado como lo hieren, porque eso, nos traería mala fortuna.

Los edecanes á escape comunicaron la orden y en toda la línea de circunvalación se repitió la consigna: *Ojo al Cristo que es de palo!*

A las siete de la noche el marqués tuvo noticias de que podrian quemarle la retaguardia, por lo cual mandó á tocar retirada, la que tomó proporciones de mayúsculo desastre, pues á pesar de haberse dado un estrujón duro con Miyares, en Sabanaeta, que pretendía estorbarle el paso, continuó á uñas de caballo hácia el Centro, con tanta prisa, que, á los pocos días entró en Caracas con los restos del malogrado ejército.

Cuando los soldados, molidos, hambrientos y casi desnudos, regresaban por pelotones, á marchas forzadas, se decian unos á otros en son de burla:

Ojo al Cristo que es de palo!

Tal es el origen de este refrán muy conocido en Venezuela y en algunas repúblicas sur-americanas.

Mas en honor de la verdad y en satisfacción de que este verídico relato no se encamina á ofender en lo más mínimo la eximia memoria del señor marqués del Toro, sino á pintar lo risible de nuestros primeros pánicos en los achaques de la guerra, opino que no merece este honorable patrio los cargos que le han hecho algunos historiadores, puesto que él no era militar sino civil y harto probó su gran amor y decisión por la Independencia con otros hechos de importancia notable.



BUEN VIAJE CORONEL DE QUINCALLA

I

El año calamitoso de 1812, Bolívar no era sino coronel de milicias en los Valles de Aragua.

Había traído á Miranda de Londres, creyendo penerlo á su servicio; pero el gallo viejo armó golilla, se alzó con el patio y lo dejó bizco . . .

Aunque su tío y padrino, lo llamaba desde muchachito *el Gran Bolívar*, todavía su espada estaba virgen y su *coronelato* habríalo ganado sin duda con el juramento *a priori* en el Monte Sacro, con la entrevista en Europa con el sabio Humbolt, ó con la prerrogativa de ser «el sobrino de su tío.»

Por esta última, hemos visto en Venezuela, andando los tiempos, á muchas nulidades convertidas en personajes.

El Generalísimo Miranda marchaba para Caracas, á fines del mes de abril, ya con las cajas un poco des-templadas, porque el isleño Monteverde venia poniendo una contradanza algo complicada por el Occidente.

Don Domingo y su segundo Antofañanzas, venian poniendo una figura muy peligrosa, en donde quedaban muchos parejas muertos

Ocupada la ciudad de Barquisimeto, donde cojieron hasta los siete cañones históricos y las cincuenta tiendas de campaña que habia dejado allí como trofeos el marqués del Toro en su célebre y nunca bien comentada derrota, avanzaron á San Carlos, donde de un solo *jalón* pusieron las peras á cuarto al coronel don Diego Jalón y entraron á la plaza fusilando hasta los rendidos.

Como el General del Toro habia sacado el cuerpo á fin de que no se apagase en sus manos el candil de la Patria, Miran a acababa de aceptar la dictadura en tan críticas circunstancias, pero lo habia hecho sin fe, porque no tenia confianza en el triunfo, en razón de que los habitantes del pais eran casi todos realistas y como lo dijo más tarde en un banquete: *Venezuela estaba herida en el corazón.*

Pernoctó en San Mateo en la casa de Bolívar, y en la cena el héroe en decadencia y el coloso en mantillas, tuvieron el siguiente diálogo:

—Yo necesito de sus servicios, señor coronel, en un puésto activo del Ejército.

—Estoy á sus órdenes, Generalísimo, y en disposición de marcha.

—Bien; nos iremos juntos al amanecer, pero deseo confiarle el mando de la importante plaza de Puerto Cabello.

Bolívar hizo un jesto de desagrado; y muy respetuosamente contestó:

—Es muy larga esa vuelta por La Guaira y los momentos son solemnes; creo más certero mi viaje por Valencia. Si usted me dá 500 hombres, casi respondo de rechazar á los enemigos en las posiciones de la Cabrera.

—No, coronel, usted está muy joven y no tiene experiencia de estas cosas. ¿No ve usted lo que acaban de hacer Ontalinde y Cruces en Barquisimeto?

—¿Qué han hecho?

—Se han pasado á los godos con la caballería.

—Sí; pero es que allí no había jefe. Donde hay jefe, General, no se pasan los soldados.

Ya el muchacho comenzaba á sacudirse

Bolívar dijo estas palabras con tal entonación y con acento tan marcado que el futuro mártir de la Carraca lo contempló con asombro:

—¿De modo que usted cree tener condiciones de jefe, señor coronel de milicias rurales?

—No hay cosa más sencilla que probarlo—respondió Bolívar con aplomo—mande el señor Dictador á entregarme los 500 hombres y respondo del éxito!

Ya el hombre se despercudia . . .

El Generalísimo de la melena blanca se sonrió con desdén y acaso tomó aquellas frases por una fanfarronada juvenil.

Sea por desconfianza en aquel genio todavía desconocido, ó por miedo á tan difícil operación propuesta por un bizoño, ó porque ya en su mente bullía la idea de la infeliz capitulación; es el hecho, que no aceptó el consejo, y al día siguiente los dos soles, el que declinaba y el que asomaría, salieron juntos camino de Caracas.

II

Miranda, luchando con toda especie de contrariedades, comenzó á organizar ejército en la capital. Peleaguda tarea!

Todo le era adverso, pues el soplo de la reacción realista removía hasta las piedras de las calles y el polvo de los caminos.

El bendito clero, del uno al otro extremo del país, soplaba la tea antirepublicana, en los púlpitos, en los confesonarios, en todas partes.

La consigna episcopal había salido del palacio místico de Caracas y la tesis era uniforme para todos los curas.

- El terremoto debía presentarse como la manifestación de la ira divina contra los patriotas. -

Miranda decretó la expulsión del arzobispo y algunos clérigos exaltados.

Ya no era tiempo, el mal estaba hecho y la medida precipitó los acontecimientos.

Bolívar siguió á Puerto Cabello y asumió el mando de la plaza.

Pero la enfermedad estaba por todo el cuerpo y aquel paciente no tenía remedio ni bastaban los buenos médicos. Se moría infaliblemente.

El *coronel de quincalla*, sobre nombre que pusieron los chuscos porteños á Bolívar (aludiendo á que andaba siempre de uniforme y no había oído silbar una bala,) hizo esfuerzos ciclópeos, acompañado de Mirés y Jalón, para levantar fuerzas numerosas y contener la invasión.

Tiempo perdido.

El torrente monárquico, la avalancha realista, soplando de la refractaria ciudad de Coro avanzaba con fuerza de ciclón, y no habían vayas ni parapetos para contenerlo.

Hasta los negros de Barlovento, libres y esclavos, se sublevaron en masa á la voz de *viva el rey*.

Un sanfelipeño, de apellido Vinoni, sublevó los presos del Castillo de Puerto Cabello, apoderándose de tan importante fortaleza, y haciendo rendir la escuadrilla zurta en la rada.

Este golpe, dado por un eriollo, mortificó mucho á Bolívar.

Las avanzadas se pasaban todas las noches al enemigo y á Mirés le dieron una felpa soberana en San Estéban, de la cual escapó á uñas de caballo, salvando solamente pocos soldados.

No quedaban otros caminos que los de la rendición ó la fuga.

Bolívar optó por el último.

Se embarcó violentamente acompañado de algunos oficiales con rumbo á La Guaira; y haciéndole fuego del Castillo, le gritaba Vinoni, entre silbas y rechiflas:

—Buen viaje, coronel de quincalla!

Bolívar, á quien siempre mortificaron mucho las burlas, livido de cólera, empuñó la bocina y contestó con su metálica voz de tiple:

—Hasta la vista, Vinoni, nos encontraremos y juro que te haré fusilar como traidor!

Cuando llegó á La Guaira se encontró con el desastre mayúsculo, ó sea con la capitulación.

Dice Don Felipe Larrazábal, que Miranda debió resistir como Sertorio y morir como Leonidas.....

Pero él, sin duda, influenciado por el astuto marqués de Casa Leon reflexionaría que no siendo romano ni ateniense, no tenía necesidad de esas diabólicas extremidades, como así mismo lo pensara más tarde el chusco diputado Palacio, cuando en la zaragata del 24 do Enero, le decía heroicamente Don Hermenejildo García.

—No corra, diputado Palacio, es preciso morir como los senadores romanos!

A lo que contestó socarronamente el interpe-lado:

—Yo no soy de esa tierra Don Hermenejildo, yo soy guariqueño . . .

Bolívar no aceptó aquella capitulación que fué una burla del insubordinado Monteverde, una inocentada

del Generalísimo y una calamidad para los incautos patriotas.

—No me someto —exclamó indignado—ni los venezolanos pueden someterse á eterna esclavitud!

E incontinenti, embarcóse con rumbo á las Antillas, para recomenzar la lucha.

III

El año feliz de 1819 había hecho sonar la orquesta de modo muy distinto.

Terminaba el gorigori de la libertad para comenzar el himno de la redención.

El *coronel de quincalla* había probado en cien encuentros gloriosos, que su espada de plomo cortaba y que sabía donde le apretaba el zapato, haciéndose General, no de pacotilla, sino de la legítima y muy acreditada fábrica de Plutarco, Suetonio y C^{ra}.

Dejando á Páez, Mariño y Urdaneta, encargados de batir el cobre con Morillo en Venezuela, entróle la chifladura de libertar á Nueva Granada, es decir, «tú que no puedes llévame á cuestas.»

Don Simón no era hombre que se paraba en chiquitas, para jurar subía al Monte-Sacro y para delirar se remontaba al Chimbarazo; para aquella ruidosa calaverada, resolvió medirse con Napoleón I.

El hombre del gabán gris, parodiando á Aníbal, atravesó los Alpes con un ejército numeroso, de las tres armas, para ganar dos célebres batallas.

El hombre de la capa negra, supeditando al gran chiflado francés, remontó los Andes con escaso ejército, principalmente con caballerías de los Llanos, y atravesando páramos y senderos intransitables, ganó así mismo dos batallas ruidosas.

Montebello, donde descolló Lannes, fué el aperitivo de Marengo.

Pantano de Vargas, donde se agigantó Rondón, fué el *cock-tail* de Boyacá.

Excursiones parecidas, con hombres de la misma talla, dieron resultados análogos.

El valor y la estrategia, asimilándose siempre, para resolver la suerte de los pueblos !

IV

—Bronca tenemos!—exclamó alarmadísimo Barreiro, cuando un posta á caballo le trajo la noticia de que el Libertador había llegado á Socha, con un ejército venezolano.

E incontinenti, escribió al virrey don Juan un parte de los de *colita*.

Sámano, que dormía muy tranquilo su siesta en un chinchorro, sin sospechar siquiera que tenía á Bolívar en las barbas, mandó á tocar generala en el acto y se puso en movimiento. Bogotá quedó en un puño y en estado de sitio.

Después de la jornada del 25 de Junio, en donde si no hubo las de San Quintín *hubo las de Pantano de Vargas*, merced á la lanza del invencible Rondón, quien en vertiginosa carga sacó personalmente de la silla á más de cien jinetes realistas, Bolívar, después de estratégicas maniobras, logró situarse con sus dos mil hombres entre la capital y el ejército de Barreiro.

Rompió el alba del memorable 7 de Agosto. El sol iluminó el horizonte con mayor esplendor que en otros días.

A las dos de la tarde, se tropezaron los dos ejércitos, en las cercanías del puente de Boyacá.

Barreiro y Jiménez, querían pasar para Bogotá con sus tres mil hombres, buscando la incorporación con el virrey.

Bolívar, sólo con dos mil combatientes, estaba en asecho para impedirlo, atravesado como una espina en la garganta de los españoles.

Barreiro no podía eludir por más tiempo la batalla.

Aquel puente, como el célebre de Arcole, en la batalla de Bonaparte con los austriacos, iba á ser el objetivo de ambos combatientes.

Se empeñó la lucha, encarnizada, furiosa, formidable, como que republicanos y realistas comprendían la trascendencia del triunfo.

Anzoátegui y Santander, fueron los héroes de aquella tarde inolvidable en que se decidió la suerte de la Nueva Granada.

Ambos guerreros, con noble emulación de titanes, querían para sí el laurel de la jornada y cuando Anzoátegui, dió, á caballo y á la cabeza de su batallón, aquella carga terrible de la cañada que infundió el pánico á los granaderos españoles, Santander, casi llorando de rabia, porque no iba á tocarle nada en la refriega, pasó el puente y fué á vérselas con Barreiro en persona, derrotando completamente su vanguardia; y como Rondón gritaba furioso, porque no había *mojado su chicura*, vinole la orden de carga y se lanzó como una avalancha con sus llaneros sobre el numeroso cuerpo de reserva de caballería española, el cual fué hecho picadillo en lo que se reza un credo.

Con aquellos hombres no había discusión posible: era trampa jugar con ellos á los dados de la guerra.

El ejército español acometido por todas partes de manera tan brusca, copado casi en absoluto, se rindió á discreción, quedando todo en poder de Bolívar.

En el campo de batalla hubo incidentes de sabor local incomparables.

—*Compae*—decíale á Rondón su paisano Lucas Carvajal, al ver el destrozo que hacían los patriotas por todas partes—no van á dejarnos ni un pelo de esta cochina; ¿vamos á quedar *plantuos aguaitando* este joropo por la ventana?

—Cañafistolos!—rugió el ex-lancero de Boves, empuñándose sobre los estribos—es la verdad, parece que van á dejarnos aquí espantando moscas . . .

—Y qué hacemos?

Rondón no tuvo tiempo de contestar, porque un ayudante de campo llegó al galope, saludó militarmente y dijo:

—El Libertador ordena á ustedes una carga de caballería contra la retaguardia ó reserva española.

—Corneta—contestó el llanero irresistible, blandiendo su lanza—toque uno y quince!

—Escuadrón,—ordenó Carvajal—á la carga y dejemos bien puesto en esta tarde el nombre venezolano!

La columna de aquellos célebres jinetes de garracá, sombrero de palma, silla vaquera y lanzas adornadas con los colores de nuestra heroica bandera, atravesó como un ciclón el campo de batalla y fué á descuartizar los escuadrones ibéricos.

Es fama que Rondón llegó solo el primero y sacó tantos godos de la silla, que al siguiente día tuvo que gastar mucho aguardiente de caña y salmuera para deshincharse el brazo

Un oscuro soldado del batallón Rifles, Pedro Martínez, en la persecución hizo prisionero á un jefe, al parecer de categoría por su lujoso equipo.

—¿Cómo se llama usted? preguntóle el riflero, después de haberlo desarmado

—Yo soy el General José Barreiro!

—Martínez, cuadrándose, hizo un respetuoso saludo militar y añadió:

—Sigame General, porque usted *ahorita*, no es sino mi prisionero!

—¿A dónde me llevas?

—A la presencia del general Bolívar.

—Sálvame—contestó Barreiro, sacando del bolsillo una mochila de onzas de oro,—sálvame y te haré rico.....

—Tal sinvergüenzura no se le propone á ningún venezolano—replicó Martínez furioso, y montando su fusil, agregó: suelte esa mochila que me pertenece como botín de guerra y marche adelante, si no quiere que le agujere el pellejo

Barreiro obedeció en silencio y el soldado fué ascendido á teniente en la orden general del siguiente día.

Ya entrada la noche iba el Libertador recorriendo el campo de batalla con su Estado Mayor.

Anzoátegui salióle al encuentro y presentándole los prisioneros, que eran la bicoca de 1.700, entre jefes, oficiales, soldados, pitos, tambores, y hasta rancheros, le dijo sonriendo :

—¿Qué hacemos con esta impedimenta General? Es algo pesadita

—Los soldados se incorporan á nuestras filas y todos los jefes y oficiales se pasaportan en plena libertad.

Un rumor de gratitud dejóse oír entre los prisioneros; y como entre las voces sobresalió alguna, que llamara la atención de Bolívar, ya en marcha para continuar su recorrida, detuvo el caballo y dijo:

—Traigan luces, pues deseo examinar de cerca los prisioneros; hay entre ellos una voz que no me es desconocida.

En aquella extraña revista nocturna se encontró con un antiguo conocido de Puerto Cabello, con Vinoni, que había caído en la remanga de Boyacá.

Al contemplar al traidor del castillo, le hacía en el cerebro *taqui, taqui*, aquella frase burlesca de: *buen viaje, coronel de quincalla!*

—General—exclamó dirigiéndose á Anzoátegui—yo jamás he sido vengativo; pero si queremos moralidad en el ejército, es preciso ser inexorable con los traidores. Este hombre es venezolano y fué quien hizo sublevar el castillo de Puerto Cabello en 1812. Ratifico el perdón general para todos; pero Vinoni debe ser fusilado por la espalda al romper la aurora!

La orden se cumplió al pie de la letra, la moralidad del ejército quedó asegurada y Vinoni fué á convencerse al purgatorio, de que era muy peligroso jugarse con el hombre á quien había tenido la humorada de llamar *coronel de quincalla*.

